

Un salto poco sofisticado

Princesas en Ámsterdam

MANUEL JOSÉ RINCÓN

DOMÍNGUEZ

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2017,

243 pp.

MANUEL JOSÉ Rincón es uno más de aquellos reporteros que se han asomado a la ficción porque han sentido que los límites (de tamaño, de forma y de libertad de suposición) que impone una nota periodística han comenzado a ahogarlos. Quieren ir más allá. Eso sí, con dos condiciones: sin jamás dejar de hacer reportería y sin permitir que la ficción se meta en la narración periodística.

No es raro que a los periodistas les quede cierto mal sabor después de entregar un reportaje o un conjunto de informes sobre un tema. Sienten que era más, mucho más, lo que tenían para contar; sienten que fue mucha la información que dejaron por fuera en la pieza periodística. Investigaron mucho, acaso durante años, pero la famosa teoría del iceberg que les enseñaron años atrás en la universidad se hizo realidad y les dio de nuevo su certero golpe: los espectadores solo se terminaron enterando de la información más relevante, jamás supieron que aquel artículo está apoyado en un cúmulo de detalles que, como en los icebergs, es la gran parte que se oculta bajo el agua. Nadie sabrá que para escribir aquel artículo, el periodista (si es de los buenos, porque también hay unos que... bueno, esa es otra historia) caminó todos los días durante dos semanas por aquella calle, entrevistó a cuarenta y tres personas, pasó cinco noches a la intemperie y que, en busca de información, rezó tres rosarios con una posible fuente. Quizás solo el Nuevo Periodismo o el periodismo literario admite que el narrador cuente algunos de esos detalles. Pero en general al reportero se le pide información enfocada en la noticia, sin ninguna narración personal o *literaria*. En últimas, y sobre todo en los diarios y en la televisión, lo que se busca es que responda a las cinco preguntas clásicas: quién, cómo, cuándo, dónde y por qué, y que, ojalá, consiga algún

tipo de información novedosa, que se pueda presentar como exclusiva.

¿Y qué hace el reportero con todo aquello que investigó, con lo que vivió? Habrá más recursos, pero el más instintivo y obvio en personas que viven de escribir periodismo es lanzarse a hacer ficción: jugar a la libertad literaria con información periodística, y aceptándolo abiertamente y sin la menor vergüenza. No deja de haber algo muy bello en todo esto.

Supongo que algo así le sucedió a Manuel José Rincón Domínguez, quien hace unos años cubría para *El Espectador* lo que pasaba en Ámsterdam y otras ciudades europeas. Él mismo ha declarado en diferentes artículos que se empezó a llenar de información y testimonios sobre la prostitución y la trata de blancas, y que sabía que todo aquello daba para mucho más que una nota. Al principio pensó en una crónica de largo aliento, “pero fue tanta la información que conseguí, que terminó siendo una novela [...]”. El periodismo es demasiado riguroso en los datos y la información, y me parecía que el tema era mucho más amplio, no tan frío”, declaró en una entrevista para, precisamente, *El Espectador*. A lo que ya había recolectado, sumó, entonces, nueva información recogida con técnicas de reportería, y fue tejiendo su primera novela que tituló *Princesas en Ámsterdam*.

Se trata de una de esas historias que comienzan por el final y que se muerden la cola. Marina, colombiana, y Carmen, dominicana, asisten en Ámsterdam al entierro de Noi Awi, su amiga tailandesa. Un embarazo de Marina, la posibilidad de un nuevo trabajo en Tokio para Carmen y la maldad del proxeneta solo quedan anunciados, porque, tras el entierro, el libro se abre en capítulos más bien cortos que van contando alternadamente las historias de cada una de las mujeres. El narrador se mantiene omnisciente en cada uno de los capítulos. Entonces, el lector se va enterando de dónde viene cada una de estas tres mujeres, dónde nacieron, cómo eran sus familias, por qué decidieron prostituirse y cómo terminaron trabajando en Europa.

Y entonces el libro, que se había abierto con la narración discreta y de

buen gusto de aquel entierro en un frío cementerio de Ámsterdam (“¡No te olvidaré! Flotarás. Te veremos volar en tu elefante blanco”), comienza a perder brillo. Pareciera que Rincón Domínguez hubiera optado por la ruta fácil de los estereotipos.

Raro. Tras tanta investigación periodística, en vez de optar por lo jamás contado, por lo no supuesto, por lo inesperado, por lo sutil, por aquello que haría inolvidable para el lector el paso por ciertas páginas, se decidió por las historias que cualquiera imaginaría que hay detrás de toda muchacha que termina prostituyéndose en Europa: pobreza, narcotráfico, violencia, machismo y el obvio etcétera. Optó por el *kitsch*. La lectura se vuelve sosa. Y algo semejante sucede con los personajes que va construyendo, todos héroes o villanos: sufridos padres casi santos, malvados monzones que trafican con niñas, militares corruptos vendidos a la mafia, madres que se sacan el pan de la boca para dárselo a sus hijas, jefes acosadores, musculosos torturadores, muchachitas inocentes, millonarios dueños de mansiones en las que hacen grandes orgías, y aviones y piscinas y vestidos blancos y tacones altos y plata a la lata y drogas y alcohol. En fin.

Las páginas avanzan y todo comienza a tomar un tono cinematográfico. Como si no se tratara de una novela, sino del guion de una película protagonizada por, yo qué sé, Brad Pitt y Jennifer López, en la que se busca convencer al espectador por todos los modos posibles de que esas prostitutas deben ser salvadas de esos malvados torturadores que tienen que pagar por lo que han hecho. Entonces, el lector piensa que quizás esta no es una buena novela, pero bien podría ser la base de una película, sin duda, entretenida. Y es que a veces Rincón Domínguez consigue narrar emociones de una manera casi cinematográfica. El lector se preocupa, por ejemplo, cuando Carmen construye toda una estrategia para huir de la prostitución y volver a Colombia: ¿realmente lo logrará?; o se llena de una tristeza confusa cuando Noi Awi toma el vuelo a Madrid y deja Bangkok para siempre. Así:

La iluminación del aeropuerto de Bangkok contrastaba con las luces de las calles de la zona roja, donde los focos de neón señalaban el

camino hacia los burdeles. Noi Awi se sentía aturdida. Hasta mareada [...]. Añoró un arco que la lanzara de regreso hacia Oud Tang, probablemente aún sumergida en la nube de opio. Quizás era un sueño. Ni siquiera lloraba. Su pesar se había secado sin dejar ningún rastro, como si su alma también se evaporara a medida que se distanciaba de su tierra. (p. 116)

Pero volvamos: ¿por qué Rincón Domínguez, tras investigar tanto sobre el tema, se decidió por los más obvios caracteres y un relato ya contado? A un famoso editor (y escritor, por lo demás) le gusta decir una frase que aquí puede funcionar: “A esta historia le falta sofisticación”. Quizás Rincón Domínguez debió haber refinado mucho más el material que iba sacando de la información periodística que recogió durante años.

Andrés Arias